

HISTORIAS DE MOLIÈRE



COLECCION ARALUCE

COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL
ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad
pública y para las B. Circulantes.

HISTORIAS DE
MOLIÈRE

23838

HISTORIAS DE MOLIÈRE

RELATADAS A LOS NIÑOS
POR

JOSÉ BAEZA
CON ILUSTRACIONES DE
ALBERT



CASA EDITORIAL ARALUCE
CORTES, 392 : BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

2/1.20

114X142

55825

HISTORIAS

DE

MOLLIERE

RELATOS Y COSAS

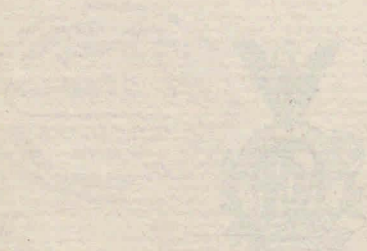
DE

LA FAMILIA

DE LOS DIAS DE

LA REVOLUCION

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME A LA LEY



CASA EDITORIAL ARRIAGA
CORTEZ 211 - PATOYONA

INDICE

Página

HISTORIAS DE MOLIÉRE

La escuela de los maridos.	13
El avaro.	45
El enfermo de aprensión.	85

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Página

Ya era hora de que acabara.	<i>Frontis</i>
¿Dónde vas tú, niña?.	19
...se dió de manos a boca...	34
...donde escondía su dinero...	45
...Valerio le pone verde a coscorrones—	64
...a pedir un garrote a voz en grito. . . .	71
—¡Ladrones! ¡Ladrones!	75
Era un joven ridículo y tieso...	92
—¡Santo Dios, y que peso se me ha quitado...	105

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914

NIHIL OSBTAT

EL CENSOR

Franc.º de P. Rivas y Servet

PRESBITERO

Barcelona 21 Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular

JOSE PALMAROLA

Por mandato de Su Sría.,
Lic. Salvador Carreras, Pbro.
Scrio. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de «Colección de obras maestras al alcance de los niños» dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma Católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguese dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capitular

JOSÉ PALMAROLA

Por mandato de Su Señoría
DR. P. VALLÉS, PBRO.
Pro-Scrio

PRÓLOGO

JUAN Bautista Poquelín, que, para el teatro, adoptó el nombre de Moliére, nació en París en enero de 1622, y fué hijo del tapicero y ayuda de cámara ordinario del rey, Juan Poquelín. Su familia vivía con relativa holgura, y la madre de Moliére, María Cresze, poseía una biblia y un ejemplar de las Vidas de Plutarco, libros en que su hijo se ejercitó en la lectura y se aficionó a las bellas letras. A los catorce años empezó a estudiar humanidades, en el colegio de los jesuítas de Clermont, y más tarde estudió filosofía y derecho.

Pero sus afanes de chiquillo, de adolescente y de hombre, iban todos hacia el teatro, al que le llevaba a menudo, siendo muy niño aún, su abuelo paterno. Con la edad creció esta afición y el que había de ser Moliére, andando el tiempo, no perdía una representación de las

que, en la corte o en los barrios bajos, se daban en París.

Al fin, en 1642, dejando las comodidades de su casa, y el porvenir que sus estudios le brindaban, organizó una compañía de comediantes, y salió de París al frente de ella. Doce años pasó recorriendo la Francia en todas direcciones con sus cómicos, y pasando mil penalidades por él y por los demás, pues dicen cuantos le conocieron, que era de natural muy bondadoso.

En 1658 volvió Molière con su troupe a París y allí se hizo famoso, más que en el arte de representar comedias, en el de inventarlas. Entonces fué cuando el rey hizo que Molière y sus comediantes fueran a dar sus representaciones en palacio, y tuvieran pensión y título oficial.

Murió Juan Bautista Poquelin en 1673. La posteridad lo considera cómo uno de los más grandes escritores que han existido y cómo el más genuino representante del genio francés.

Las farsas o comedias de Molière son muchas; muy divertidas la mayor parte de ellas,

pues nadie cómo Molière supo ver el lado grotesco de los seres y de las pasiones.

Las que hoy os damos en este libro, están escogidas entre las más famosas y también entre las más comprensibles para vuestras inteligencias infantiles.

Seguros estamos de que vais a reiros mucho con las ridiculeces del "Enfermo imaginario" y con los sustos del "Avaro". Y de que no querréis pareceros ni a uno ni a otro.

J. B.

HISTORIAS DE MOLIÉRE

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS

HACE muchos años, más de doscientos, vivían en Madrid dos hermanos llamados don Manuel y don Gregorio, de cuarenta y cinco años el primero y cuarenta y tres el segundo, que por discordancia de caracteres habían de usar diferentes domicilios.

La casa de don Manuel hallábase situada frente por frente a la de don Gregorio, en la antigua plazuela de los Afligidos, por lo que ambos, aún sin querer, se encontraban con suma frecuencia y no podían ignorar cada uno la vida y costumbres del otro.

Desde muy niños, doña Rosita y doña Leonor, hermanas también, tenían por tutores a don Gregorio y don Manuel respectivamente. El padre de ellas, antes de morir, encargó a

sus 'dos amigos cuidaran y educaran cada uno a una de sus hijas, advirtiéndoles que si andando el tiempo querían casarse con ellas, aprobaba y bendecía la unión, pero que, en caso contrario, a ellos confiaba la elección del hombre que habría de unirse para siempre a cada una de sus hijas.

Don Gregorio, como ya se ha dicho, se encargó de Rosita, y don Manuel, de Leonor. El primero, que por feo, desgarrado e intratable sabía muy bien que no habría 'dama que se sacrificase ser su esposa, concibió desde el primer momento unirse en matrimonio a Rosita y la educó con celo y cuidado empalagosos, lo cual despertó en ella la más honda antipatía hacia su tutor. Don Manuel, por el contrario, hizo de Leonor una dama instruída y sociable, concediéndole una prudente libertad y amándola con ternura y delicadeza que la movieran a adorarlo con cariño filial al principio y más tarde como se ama al hombre que se desea para esposo.

Doña Rosita no salía jamás de su prisión, sino en la odiosa compañía de don Gregorio

quién la llevaba a visitar la iglesia de San Marcos, la Florida o el cementerio. Pasábase el día limpiando, haciendo calceta, remendando la ropa de don Gregorio, y demás menesteres de la casa, pues no había en ella familiar alguno que con su ayuda concediérale un minuto de descanso.

Leonor, en cambio, tenía doncellas a su servicio, por lo que, sin dejar de acudir a los cuidados del hogar, gozaba de tiempo libre que le permitía asistir a reuniones, a teatros y a paseos, expansiones propias de su juventud, que don Manuel veía con muy buenos ojos, no considerándola por ello menos honesta y adorable.

Don Manuel enseñó a Leonor a que amara la virtud. Don Gregorio se la impuso a la fuerza a doña Rosita.

En la casa contigua a la de don Gregorio vivía don Enrique con su criado Cosme y su ama, mujer vieja y virtuosa. Don Enrique era un hombre joven y apuesto que, hallándose en Madrid accidentalmente, se cruzó una tarde con doña Rosita, acompañada como siempre

de don Gregorio y paseando por las inmediaciones del cementerio. Don Enrique se sintió atraído desde aquel instante por la belleza angelical de la dama y no dejó desde entonces de pasear una sola tarde por los alrededores del cementerio, donde logró verla algunas veces más. Un día les siguió los pasos, procurando no ser advertido por don Gregorio, y al observar que vivían en la plazuela de los Affligidos y que la casa contigua a aquella donde entraran doña Rosita y su tutor estaba por alquilar, se determinó a arrendarla y en ella vivió desde el día siguiente.

El galán se sentía inquieto por aquella reclusión en que su amada vivía. Sus deseos de hablar con ella se estrellaban siempre contra mil inconvenientes que ni él ni su criado Cosme acertaban a resolver. Yendo con don Gregorio, era imposible aproximarse a ella. No había medio de declararle su amor por escrito, porque doña Rosita no tenía criado ni doncella que pudiera ser portador de la carta. Por otra parte, don Enrique no sabía si la dama veía con buenos ojos sus galanteos. A

Cosme se le ocurrió que entablara amistad con don Gregorio, y así se lo comunicó a su amo, el cual creyó muy aceptables aquellos consejos y esperó desde entonces la ocasión propicia para hacerse amigo de don Gregorio.

Una tarde que don Enrique esperaba en el balcón de su casa a su vecino, por si lograba entablar conversación con él, le vió llegar, pero acompañado de su hermano don Manuel, por lo que creyó conveniente retirarse a esperar momento más oportuno.

Don Manuel y don Gregorio llegaron ante la casa de éste último y allí prosiguieron una acalorada discusión nacida apenas se encontraron casualmente en una de las calles céntricas de Madrid.

Tú—decía don Gregorio—puedes hacer lo que que gustes con Leonor, pero yo educo a Rosita como me da la gana. Si a tí te parece bien que una jovencita gaste lujos y tenga doncellas para hacerse servir como una señorita y vaya a teatros, a bailes y a paseos, a mí no. Y cómo doña Rosita ha de ser mi esposa, no creo que le haga falta saber mucho más que remen-

dar la ropa, barrer la casa y demás menesteres propios de la mujer. Ya verás tú, cuando te cases con doña Leonor, el gusto que te va a dar que tu mujer piense en fiestas, en bailes y en teatros.

—Lo primero, hermano mío—respondió don Manuel—, que yo no forzaré a Leonor a que se case conmigo. Si de buen grado consiente, me hará dichoso, porque mi amor por ella no tiene límite; mas si no es así, yo, respetando los ruegos que su padre nos hizo al morir, seré el primero en ayudarla a elegir un esposo que, siendo de su gusto, le convenga. Y lo segundo, que si Leonor llega a ser mi esposa no tendré por qué inquietarme de sus costumbres, pues yo mismo le aconsejaré que siga esparciéndose como ahora, seguro de que ella mirará por su virtud más aun que pueda mirar yo.

Don Gregorio se indignó contra las ideas de su hermano, y cuando comenzaba a reprocharle sus opiniones con lenguaje poco respetuoso, le interrumpió el ruido de la puerta de su casa al abrirse.

Salieron de ella doña Rosita y doña Leo-



¿Dónde vas tú, niña?

nor en compañía de Juliana, una buena amiga, que al advertir a don Gregorio, dijo a Rosita en voz baja :

—No tengas cuidado. Si te riñe yo procuraré defenderte.

Efectivamente, don Gregorio, al observar que doña Rosita iba más adornada que de costumbre, se fué hacia ella y la cogió de un brazo con brusco ademán.

—¿Dónde vas tú, niña?

—Vamos a dar un paseo—respondió Leonor—He dicho a Rosita que venga con nosotras, pues doña Beatriz nos ha invitado a merendar y continuamente me está preguntando por mi hermana. Daremos el paseo, merendaremos con doña Beatriz y estaremos de vuelta al anochecer.

Pero don Gregorio, que no había soltado el brazo de doña Rosita, la metió en casa y cerró la puerta, volviendo después al grupo que formaban don Manuel, doña Leonor y Juliana. Estos, irritados ante el proceder de don Gregorio, dieron media vuelta y sin decirle adiós lo dejaron plantado.

Don Enrique y su criado Cosme, que espían desde el balcón, creyeron éste el momento oportuno para entrar en amistad con don Gregorio. Bajaron, pues, a toda prisa los escaleras, con el objeto de hacerse los encontradizos, pero don Gregorio meditaba, y tan absorto, que no hubo medio de que reparara en don Enrique. El galán, entonces, animado por su fiel servidor, decidió acercarse y saludarlo. Así lo hizo, pero se colocó al lado derecho de don Gregorio, y, después de una gran reverencia, observó que el vecino seguía tan ensimismado como en el primer instante. Y es que don Gregorio era tuerto del ojo derecho.

Don Enrique se dió cuenta en seguida y saludó en voz alta.

—Mucho sentiría, caballero, haber interrumpido vuestras meditaciones, pero tengo el gran honor de ser vecino vuestro, y tantas son mis ansias por que me concedáis la dicha de vuestra amistad, que no he podido resistirme a la tentación de saludaros.

—Buenas tardes—contestó don Gregorio secamente.

Don Enrique guardó silencio, azorado por aquella acogida tan poco cordial que le dispensaba su vecino, pero no tardó en reponerse, e intentó de nuevo entrar en conversación con él. Don Gregorio, entonces, bruscamente, se metió en su casa, dejando plantados a don Enrique y su servidor. Como el galán pareciera muy desalentado por la actitud de don Gregorio, dijo Cosme :

—Eso que os apesadumbra, señor don Enrique, debiera alegraros. Que el tutor trate a la pupila con aspereza, es para nosotros una gran ventaja, pues más os agradecerá vuestras lisonjas cuando tengáis la suerte de hablarle.

—¡Hablarle, hablarle !.. —respondió con dolorido don Enrique—¿No ves, querido Cosme, que esto es poco menos que imposible?

—¡Qué ha de ser imposible, señor ! Discurremos un medio sea como sea... Pero vayámonos a casita que puede que el tuerto nos espíe desde sus balcones.

—Dices bien, Cosme, Hay que discurrir un medio.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Mientras amo y criado conversaban de este modo, doña Rosita conversaba también con su tutor. Esta se apercibió desde el primer día de los galanteos de don Enrique, y lejos de sentirse molesta por ellos, fué enamorándose del galán hasta el punto de ansiar tanto como él una entrevista que les permitiera confesarse su mutua pasión. Mas, convencida de que la estrecha vigilancia de don Gregorio la hacía imposible, discurrió una artimaña para confesarle sus sentimientos al enamorado don Enrique, valiéndose del mismo don Gregorio. He aquí como fué :

—Señor don Gregorio—díjole Rosita apenas lo tuvo ante ella—Mucho medité antes de haceros estas confesiones que acaso puedan disgustaros, pero no hay otro remedio. Vengo observando desde hace ya algún tiempo, que ese nuevo vecino de quien he oído decir que se llama don Enrique, me corteja con obstinación verdaderamente empalagosa.

—¡ Ah, pícaro ! Ya le arreglaré yo las cuentas a ese mozallete.

—Eso es lo que os quería decir—prosiguió

doña Rosita—: que vos mismo habléis con él, ya que a nadie tengo para confiar tan delicada misión. Quiero que le digáis de mi parte que mi corazón es vuestro y que como he entendido muy bien lo que sus miradas quieren significar, que me deje tranquila, pues con nadie más que con vos deseo casarme. Si acaso él, por temor, pretende negar que me haya cortejado, decidle en mi nombre que bien he leído yo la pasión en sus ojos.

—Muy bien, Rosita. Veo que has aprovechado mis sanos consejos y que tu virtud no tiene límites. Voy al instante a hablar con ese mozalbete.

Y así lo hizo. Dejó sola a doña Rosita y salió a llamar a la puerta de la casa de don Enrique. Éste acudió en el acto deshaciéndose en cumplidos al ver a don Gregorio, pero don Gregorio comenzó secamente por decir:

—¿Conocéis a esa dama, vecina vuestra, que se llama doña Rosita?

Don Enrique respondió afirmativamente y don Gregorio prosiguió:

—Pues sabed que esa dama va a ser mi esposa.

Don Enrique, que lo ignoraba, quedo sorprendido, pero más se sorprendió aún cuando oyó a don Gregorio decir :

—Y cómo a Rosita la quiero yo para esposa, habréis de suprimir esos galanteos que le repugnan por el amor que me tiene.

—¿Qué yo la galanteo?—exclamó don Enrique extrañado de que don Gregorio lo supiera.

—Sí, vos. Ella es quien me lo ha dicho y no lo podéis negar.

—¿Ella?

—Ella, sí. Ella que me encarga os diga además que ha leído en vuestros ojos el amor que le tenéis y que como sólo conmigo consentirá casarse, abandonéis esos galanteos ofensivos para su virtud.

Don Gregorio siguió hablando por largo tiempo. Cuando los dejó para volver al lado de doña Rosita, dijo don Enrique a su criado que a las voces de don Gregorio acudió por si su amo necesitaba de él :

—De forma, Cosme, que doña Rosita no ignoraba mi adoración.

—Ni la ignoraba ni creo que las palabras que os dice por boca del tuerto sean ciertas.

El amo quedó perplejo y prosiguió el criado :

—Debéis alegraros, mi señor don Enrique. Quien semejante recado os envía no puede ver con indiferencia vuestros galanteos. Pero vámonos de aquí, que en casa se habla más seguro.

Cuando don Gregorio contó a doña Rosita su conversación con el vecino poniéndola al corriente de que don Enrique, muy azorado, prometió no volverla a molestar, exclamó la dama afectando indignación :

—¿Eso os dijo? Pues segura estoy de que el tal don Enrique ha de darnos quehacer... Apenas salisteis para ir en su busca, yo, que me fuí a tomar el fresco a la ventana del jardín, tuve que echar la cabeza a un lado para esquivar una pedrada venida del huerto vecino. Por piedra tomé al principio lo que cayó en mi cuarto, que no era piedra, sino esta preciosa cajita que aquí veis, la cual contenía esta carta que

no he abierto para devolvérsela con lacre y todo a don Enrique.

—Pero ¿no la has abierto?

Claro que no. Una doncella no debe abrir las cartas de un galanteador a quien detesta. Lo contrario sería hacerle creer que su amor no me es indiferente.

—Dices bien, Rosita—exclamó don Gregorio—Yo mismo devolveré cerrada la carta al tal don Enrique.

Don Gregorio bajó las escaleras muy ufano del proceder de doña Rosita, y volvió a llamar en casa de don Enrique. Esta vez bajó Cosme. Don Gregorio le entregó la carta diciéndole :

—Toma. Es la carta que envió tu amo a doña Rosita. Dile que... No, hazlo bajar, que yo hablaré con él.

Cosme obedeció, pero al contar a su amo lo sucedido éste manifestó no haber enviado carta alguna a doña Rosita.

—¿No os lo decía yo?—exclamó Cosme—Era forzoso que aquí hubiera gato encerrado... Vamos, leedla pronto, que don Gregorio os espera :

Don Enrique leyó tan deprisa como pudo la carta que decía a sí :

«Tal vez os parezca atrevida esta confesión ; pero la idea de que dentro de unos días he de casarme con don Gregorio, a quien aborrezco, me da ánimos para deciros, aun de esta forma, que correspondo a vuestro amor y que os pido me libréis cuanto antes de don Gregorio».

Doña Rosita decía más en aquella carta, pero don Enrique, loco de alegría, lo dejó para leerlo mas tarde, con el fin de que don Gregorio no se impacientara. Bajó a todo correr las escaleras y dijo a su vecino :

—Perdón, don Gregorio. Si yo hubiera sabido que doña Rosita era vuestra prometida jamás hubiera osado enviarle esta carta. Ya estaba en su poder cuando vos me pusistéis al corriente de que la dama a quien va dirigida va a ser vuestra esposa. Yo os aseguro que no os volveré a molestar, no sólo por el respeto que me merecéis, sino porque competir con vos, sería inútil. Bien ha hecho doña Rosita en ele-

gir por esposo a caballero que reúne tan envidiables prendas.

Don Gregorio, halagado por los razonamientos del vecino, respondió muy atento :

—Me place vuestra discreción, y sabed que no por lo ocurrido dejaré de interesarme vuestra amistad.

—Lo que quiero que digáis a doña Rosita—respondió don Enrique—es que en mi amor no puede haber ofensa alguna, pues esta pasión que llevo manifestándole desde hace tres meses es la más pura y honesta de las pasiones.

—Bien, bien ; se lo diré—asintió don Gregorio.

—Y que al mostrarle este interés, ignorante el amor que os profesaba, no tenía otra intención que la de hacerla mi esposa.

—Bien, bien ; se lo diré.

—Y que no crea que podré olvidarme jamás de su hermosura, pues la amaré mientras viva, y sólo el respeto que abrigo hacia vos será capaz de detenerme.

—Bien, bien ; se lo diré. Voy a decírselo

al instante. Ambos agradecemos vuestra caballerosidad y cordura.

Volvió don Gregorio al lado de Rosita y le contó muy satisfecho su reciente diálogo con don Enrique. La dama, lejos de participar del júbilo de don Gregorio, se mostró muy enojada.

—Pero ¡Rosita!—exclamó don Gregorio—su pasión es disculpable, ya que ignoraba el amor, que me tienes. Y considerando, además, las honestas intenciones de su cariño...

—Os parece honesta intención la de querer robar a una doncella.

—¿Qué dices, Rosita?

—Lo que oís. Mientras vos hablábais con don Enrique, me dijo su criado por la galería: «Señora, mi amo sabe que vivís cautiva de un bruto. No debéis desconsolaros, porque don Enrique sabrá evitar vuestra boda con don Gregorio. Estad prevenida, que a la primera ocasión en que vuestro tutor os deje sola, vendrá a libertaros de esta cárcel».

—¿Eso te ha dicho?

Como era todo una artimaña para que don Enrique supiera que doña Rosita esperaba el

rapto antes de su boda con don Gregorio, la dama respondió :

—Eso me ha dicho, y es necesario que volváis a hablar con don Enrique para que nos deje en paz de una vez. Si por temor lo niega, decidle que vais de mi parte y que soy yo misma quien os ha puesto al corriente de todo, pues sé muy bien que quiere raptarme antes de seis días... ¡ Ah ! Decidle también que no me sorprenderá, porque aguardo prevenida.

—Voy al punto a ajustarle las cuentas a ese galancete. Y tú, Rosita, no temas nada que aquí estoy yo para defenderte.

Volvió de nuevo don Gregorio a casa de don Enrique y le dijo apenas acudió éste a su llamamiento :

—Pensaba que fuéseis persona más formal... No os hagáis el desentendido que bien enterado estoy de que queréis raptar a doña Rosita antes de nuestra boda. Ella acaba de contármelo todo y ella es la que me envía a deciros que vuestros planes la ofenden.

—¿Doña Rosita os ha dicho eso?

—¿Es que lo dudáis?—exclamó don Gre-

gorio.—Pues bien : vais a oir los desprecios en sus mimos labios, para que de una vez nos dejéis en paz.

Dicho esto se aproximó a la puerta de su casa y llamó a doña Rosita, la cual, al salir y ver a don Enrique, fingió un gesto de repugnancia.

—Ven, Rosita—ordenó don Gregorio.—Este santo varón es tan presumido y cabezudo, que no hay medio de hacerle ver tu repugnancia hacia su persona, y quiero que tú misma se la manifiestes.

—No tenéis que dudar de las palabras de don Enrique.—Todo cuanto él os ha hablado ha sido por instancias mías y no ha hecho más que manifestaros mis íntimos sentimientos. Mi elección es tan honrada, que no creo necesario usar del disimulo. Así, de dos personas que tengo presentes, la una es dueña de todo mi cariño y la otra me inspira gran repugnancia. Ya es tiempo de que acaben mis zozobras y, unida en matrimonio al único dueño de mi corazón, pierda de vista al otro a quien aborrezco con toda mi alma.

Don Gregorio creído de que doña Rosita

reservaba para él la parte buena del discurso, la interrumpió muy ufano :

—Descuida, dueño mío. Yo cuidaré de que se cumplan tus deseos.

—Bien advierto—prosiguió Rosita—que no debo hablar con tanta libertad ; pero en mi situación, puede permitírseme alguna franqueza con el que va a ser mi esposo.

—Sí, pobrecita mía—respondió don Gregorio cuyo ojo tuerto le impedía ver que la dama al hablar miraba a don Enrique.

—También se me puede perdonar—prosiguió Rosita—que suplique al dueño mío acelerar las diligencias de nuestro matrimonio.

—Descuida, palomita, descuida—dijo don Gregorio abrazando a la dama. Esta, consintiendo el abrazo alargó por la espalda de su tutor la mano a don Enrique, y el galán la besó disimulada y amorosamente, para decir después llevándose la mano al pecho :

—Yo os juro, señora, por quién soy, que pronto os veréis libre del hombre a quien tanto aborrecéis.

Dió media vuelta y, fingiendo gran enfa-

do, se metió en su casa, dejando solos a doña Rosita y su tutor. Este, radiante de júbilo, dijo a la dama :

—Es tanto lo que te agradezco el amor que me tienes, que en pago de ello, nos casaremos mañana.

—¡Mañana !—exclamó Rosita por no saber qué decir.

—Sí, mañana. Y para que esto sea posible, voy ahora mismo a arreglarlo todo.

Pensaba doña Rosita defenderse con cualquier excusa, pero no hubo tiempo. Ya don Gregorio desapareció por una calleja oscura—se había hecho de noche y era noche cerrada—y doña Rosita no tuvo más remedio que retirarse. Sola en su cuarto, se dió a pensar la forma en que podría enterar de la nueva a don Enrique.

Estuvo así mucho tiempo. Al fin, se decidió a marcharse a casa de su hermana antes de que volviera don Gregorio, para avisar desde allí a don Enrique. Su hermana y don Manuel eran muy buenos y no le negarían su amparo. Con esta esperanza, bajó las escale-

ras y salió a la calle, pero cuando se disponía a cruzar la plazuela de los Afligidos, se dió de manos a boca con don Gregorio, que al reconocerla quedó como el que ve visiones.

—Pero, ¿dónde vas tú a estas horas?

Doña Rosita no supo al pronto qué contestar, tal era su ofuscación y su azoramiento, pero pronto halló una mentira con que disculparse.

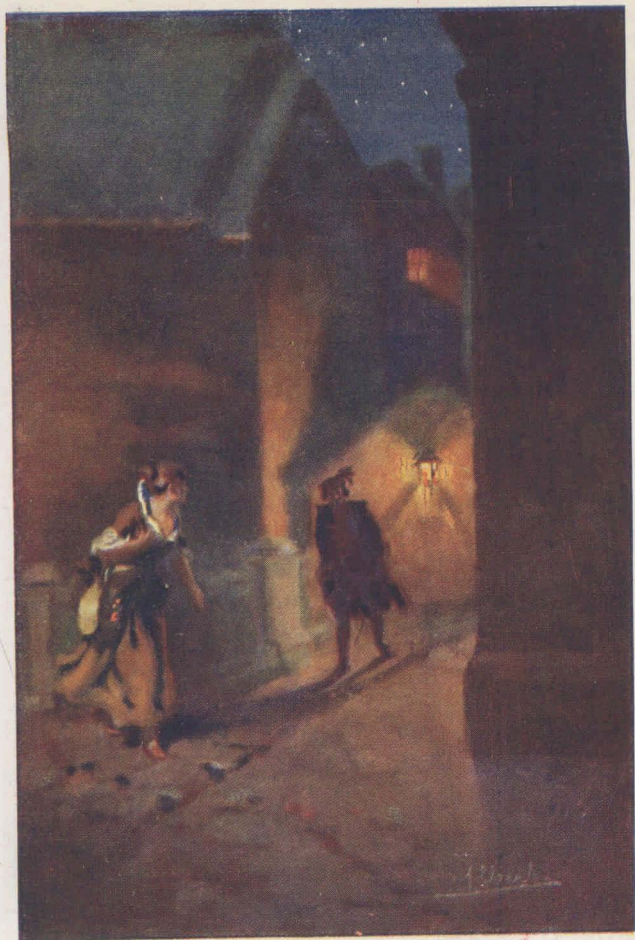
—Iba a casa de doña Ceferina a suplicarla que viniera a pasar la noche conmigo, porque mi hermana Leonor está en casa. La dejé en mi cuarto encerrada con llave.

—Pero, ¿qué diablos de lío es este?—exclamó don Gregorio sin entender una jota.

—Yo os lo explicaré. Puesto que no hay medio de ocultarlo, os lo contaré todo... Mi hermana Leonor está enamorada de don Enrique.

Don Gregorio quedó asombradísimo de la nueva y doña Rosita prosiguió:

—Sí, está enamorada de don Enrique desde hace mucho tiempo, y hasta se habían dado palabra de matrimonio. Pero, celoso el galán



...se dió de manos a boca...

porque sorprendió a mi hermana una tarde hablando con otro en el Jardín Botánico, rompió con ella, y entonces fué cuando para darle celos, comenzó a galantearme a mí. Este mediodía, cuando estaba sola, vino mi hermana a confesármelo todo. Me suplicó que no despreciase a don Enrique para que siguiera viviendo en la plazuela de los Afligidos, pero ya comprenderéis que, siendo vuestro todo mi amor, no iba a cometer tal locura sólo por dar gusto a mi hermana.

—Y ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no padeciese la virtud de mi hermana. ¡Si supierais cuánta lástima me da! Figuraos, que apenas os fuísteis para arreglar las cosas de nuestro matrimonio, se me presentó en casa, y al contarle lo ocurrido con don Enrique, no os podéis imaginar qué aflicción fué la suya. Ordenó a su criada que dijese a don Manuel que pasaría la noche en casa de doña Beatriz, y la mandó después a casa de don Enrique a decirle, en mi nombre, que a las doce en punto lo esperaba en el balcón de mi cuarto.

—Y ¿qué se propone con tal embuste?

—Pues se propone que don Enrique, creyendo que soy yo la que aguarda, salga a su balcón para poder ella entonces darle una explicación y hacer las paces.

Don Gregorio, lleno de indignación, corrió hacia la puerta, dispuesto a ajustarle las cuentas a doña Leonor, pero doña Rosita, aterra-da ante la idea de que el tutor descubriera el engaño, lo detuvo suplicante:

—No entréis, don Gregorio... os pido por Dios que no entréis. Al fin es mi hermana. Yo misma la convenceré de que es preciso que se vaya a casa de doña Beatriz, si es que por temor a que don Manuel extrañe su vuelta, no quiere irse a la suya.

—Bueno, bueno, ve tú misma.

—Pero no la descubráis—suplicó doña Rosita—que no os vea. Sería tanta su confusión y tan grande su sobresalto...

—Bien, bien. Ya que lo quieres, no le diré una palabra. Pero como se resista a salir, subo y la saco a puntapiés.

—No hará falta. Yo la convenceré. Lo que

tenéis que hacer, don Gregorio, es entraros y cerrar la puerta apenas salga. Yo estoy tan desazonada que me voy a acostar al instante.

—Anda, pues a ver si consigues que se vaya tu hermanita, y te acuestas.

Doña Rosita corrió a su cuarto, y mientras don Gregorio aguardaba a una distancia prudente del portal de su casa, se vistió con unas ropas que doña Leonor había dejado allí aquella tarde, con objeto de que don Gregorio la confundiera con su hermana.

Así fué. Don Gregorio la vió salir, y aun se alejó un poco más para que la dama no lo advirtiera. Doña Rosita tenía intención de dirigirse a casa de don Manuel, pero como hacia allí era el punto donde don Gregorio se alejaba para evitar el encuentro, se azaró, quedó indecisa y decidió finalmente marchar a casa de doña Beatriz.

En aquel preciso instante apareció don Enrique que, ignorante de todo, quedó asombrado al encontrarse y reconocer a doña Rosita.

—¡Doña Rosita!—exclamó estupefacto, y,

una vez repuesto, prosiguió :—¡ Pronto ! ¡ a mi casa !

—Una doncella no puede pasar la noche en casa de un hombre sólo.

—Está mi ama, mujer vieja y virtuosa, que os hará compañía. Mañana mismo nos casaremos. ¿Dudáis acaso de mi caballerosidad?

Accedió al fin doña Rosita. Don Gregorio que no dejó de observarlos ni un sólo instante pensó ir a darle la noticia a su hermano, creyendo aún, naturalmente, que la dama que entró en casa de don Enrique era doña Leonor.

Casi a la puerta de la casa de don Manuel, se arrepintió de pronto y consideró preferible avisar primero a un comisario que vivía en la misma plaza de los Afligidos. Llamó a la puerta de su casa, y, ya ante el comisario, le dijo :

—Os necesito por si hay tiempo de evitar un escándalo... ¿Conocéis a una señorita que se llama doña Leonor y que vive en aquella casa de enfrente?

—Sí, soy amigo de su tutor, don Manuel de Velasco.

—Don Manuel es hermano mío... Pues resulta que doña Leonor, enamorada de ese mancebo andaluz que vive en aquel cuarto principal...

—¿Don Enrique? También le conozco— interrumpió el Comisario.

—Bien; pues doña Leonor ha abandonado la casa de don Manuel en este momento y la he visto entrar en la de don Enrique.

—¡Caracoles!

—Ya veis, señor Comisario, que el caso es grave. Conviene que hagáis salir inmediatamente a la doncella.

El Comisario mandó llamar a un escribano, y, acto seguido, se dirigieron ambos a casa de don Enrique. Don Gregorio, mientras, fué a dar la noticia a su hermano. Don Manuel quedó como el que ve visiones. No concebía semejante aventura en doña Leonor, y don Gregorio, para convencerlo, lo condujo a casa de don Enrique. Apenas llegaron al umbral, los detuvieron el Comisario y el escribano que salían en aquel instante.

—Nada se puede hacer señores—dijo el Co-

misario—. Los dos se quieren y están dispuestos a casarse mañana mismo. Sólo es preciso depositar a la joven en una casa honesta y casarles mañana, puesto que las leyes protegen este matrimonio.

Don Manuel estuvo a punto de desvanecerse, pero pronto se repuso.

—Yo había pensado—prosiguió el Comisario—depositarla en mi casa, donde mi familia cuidaría de ella; pero dice la dama que, si vos se lo permitís, pasará la noche en vuestro domicilio, el cual prefiere a ningún otro.

Don Manuel se extrañó, pero pensando después que lo que doña Leonor pretendería era que los vecinos, viéndola en su casa, no se dieran cuenta de lo ocurrido, accedió gustoso. El Comisario fué por ella a casa de don Enrique. Unos segundos después aparecieron por una bocacalle doña Leonor y doña Juliana que venían de casa de doña Beatriz. Como don Gregorio y don Manuel paseaban por la acera, de espaldas en aquel instante a la calle por donde las damas aparecieron, no repararon en ellas hasta volverse y encontrárselas

encima. Creídos ambos de que doña Leonor salía de casa de don Enrique, dijo don Manuel:

—No temas en mí, Leonor, ningún arrebato de cólera; pero ya podrás suponer el daño que me ha causado tu acción nada decorosa, siendo así que nunca intenté sujetar tu albedrío.

Doña Leonor, muy asombrada, respondió ingenuamente:

—¿Qué acción indecorosa es esa?

Don Gregorio intervino con chanza:

—¿De dónde vienes ahora, hijita?

—De casa de doña Beatriz.

—Conque de casa de doña Beatriz, ¿eh?

¿De modo que no sales de casa de don Enrique? ¿De modo que no te he visto yo con mis propios ojos entrar a ella con él, cuando te echaron de mi casa?

Doña Leonor, encolerizada, lo interrumpió:

—Esto ya pasa de broma, señor mío. Habéis perdido el poco entendimiento que teníais.

Fué a cogerse del brazo de don Manuel para

marcharse a casa, cuando apareció doña Rosita pidiendo perdón a su hermana por el enredo comprometedor para su honestidad que se vió precisada a urdir. Don Enrique y el Comisario venían tras ella. Don Gregorio al reconocer a doña Rosita quedó confuso y sin saber qué decir. Don Manuel, que se alegró en un principio, pero que comprendió después el disgusto de su hermano, se aproximó a él e intentó consolarle :

—Tú has tenido la culpa, hermano mío. Comprenderás ahora que para conquistar el cariño de una mujer no se debe enjaularla ni tratarla mal. Puedes dar gracias a Dios de que esta aventura haya ocurrido antes de haberte casado con doña Rosita... Esto pide resignación, hermano.

Pero don Gregorio, encarándose con el grupo, rugió más que dijo :

—¡ El Diablo se os lleve a todos !

Y se metió en su casa, dando un formidable portazo. Don Manuel rompió el mutismo que reinaba en el corro :

—Nada. No hay que preocuparse. Estarás

con nosotros, Rosita, hasta que mañana venga don Enrique para celebrar la boda.

—¿No va a haber más que una?—preguntó Rosita, mirando intencionadamente a su hermana Leonor.

—Si tu hermana—respondió don Manuel—consiente, habrá dos.

Doña Leonor por toda respuesta se colgó a su brazo mirándole cariñosamente.

Fueron bodas de mucho ruido. Parece ser que a la fiesta acudió toda la vecindad. De la plazuela de los Afligidos sólo dejó de asistir don Gregorio.



...donde escondía su dinero...

EL AVARO

HARPAGÓN era un hombre viejo y avaro, tan avaro que pasábase día y noche pensando o soñando con su dinero y hasta de sus hijos sospechaba que le pudieran robar. En cada persona creía ver un espía o un ladrón, jamás consideraba seguro el sitio donde escondía su dinero y pasaba noches en vela preocupado en descubrir un escondrijo al que sólo alcanzaran sus manos y su inteligencia.

Muerta su esposa, no mucho antes de la fecha en que comienza este relato, toda la familia de Harpagón quedó reducida a sus dos hijos Cleonte y Elisa, joven apuesto y simpático el primero, y hermosa doncella la segunda, que de buen grado correspondía al amor de Valerio cuya historia es la siguiente :

Muy niño aún, estuvo a punto de perecer en un naufragio del que se salvó milagrosamente gracias a un navío que acertó a pasar en aquel instante por donde Valerio se defendía de la muerte asido a una tabla. Del naufragio fueron víctimas su hermana y sus padres, seres que constituían toda su familia. Así por lo menos lo creyó él entonces, y así se lo contó al capitán de la fragata, el cual, compadecido de su abandono, lo acogió bajo su amparo y lo trató y educó desde entonces como a un hijo. Algunos años después, cuando Valerio era ya un hombre de carrera, comenzó a tener noticias de que su padre habíase salvado del naufragio como él. No tuvo paciencia para esperar. Henchido el pecho de esperanzas, salió en busca del ser querido abandonando a su protector. En estos viajes e indagaciones el cielo le deparó un encuentro con Elisa y quedó prendado de su singular hermosura desde el primer momento. Supo que era hija de Harpagón, y después de informarse de los sentimientos del viejo avaro, determinó entrar a su servicio con el

propósito de conseguir la mano de Elisa, conquistándose hábilmente la simpatía de Harpagón.

Admitido Valerio como criado, no sin antes enterar a Elisa de sus intenciones, fué tanta su astucia, que apenas transcurrido un mes, ascendió al cargo de mayordomo y confidente del viejo.

No suspendió por ello sus investigaciones para averiguar el paradero de su padre, investigaciones cuyos resultados eran más halagüeños cada vez y le concedían la doble esperanza de abrazar al ser querido y gozar de fortuna suficiente para unirse a Elisa en matrimonio.

Cleonte era más desdichado. Por una conversación que tuvo una tarde con su hermana Elisa se puede ver. Cleonte dijo así:

—Hermana mía, deseo confiarte un secreto que se reduce a una sola palabra: amo.

Elisa fué a responderle pero su hermano siguió:

—Ya sé que dependo de un padre y que debo someterme a su voluntad. Sé tam-

bién que no puedo decidirme a nada sin su consentimietno ; pero mi amor no quiere reflexionar. Amo ciegamente y resultarán inútiles cuantas palabras tiendan a destruir mi pasión.

—¿Quién es la dama?

—Una joven—prosiguió Cleonte—que desde no hace mucho es vecina nuestra. Posee cuantas buenas cualidades puedan existir y su hermosura es incomparable. Carece de fortuna, más esto, que para otro sería un inconveniente, a mí me impulsa a amarla más todavía. Figúrate, querida hermana, cuál no será mi satisfacción al poderla librar de su pobreza dándole con mi amor la fortuna que le falta... Pero hay un inconveniente que tú habrás adivinado ya : la avaricia de nuestro padre... Tú no ignoras que para poder vestir con decencia y atender a mis pequeños gastos, ando empeñándome con amigos y usureros. ¿Cómo pues, voy a tener medios para formar un hogar?... Para casarme con Mariana necesito que nuestro padre me ayude. Pero nuestro padre tiene un corazón durísimo y ablandarle

es tarea difícil: por eso solicito tu concurso. Si ni aún con tu ayuda logro que me preste su protección, abandonaré este hogar, y, haciendo a Mariana mi esposa, marcharé con ella a buscar fortuna sin más guía que el amor, la juventud y el entusiasmo.

Dicho esto salieron los dos hermanos en busca de su padre, el avaro Harpagón, a quien sorprendieron hablando sólo de que acababa de esconder bajo tierra una cajita con dos mil luises. Cleonte le interrumpió:

—Querido padre: Elisa y yo deseamos hablaros.

Harpagón, después de reponerse del susto producido por la inesperada interrupción de Cleonte, responde:

—Yo también quería hablar con vosotros.

—Nuestro asunto—dice Cleonte—es asunto de bodas.

—Y el mío también—responde Harpagón—Pero, ante todo, decidme: ¿conocéis a una joven que desde no hace mucho es vecina nuestra y que se llama Mariana?

Cleonte tan sólo de escuchar aquel nombre

desfallece de emoción, y responde sin poder ocultar su alegría :

—Sí, padre mío.

—Y ¿qué te parece esa doncella?—continúa Harpagon.

—Una preciosidad. Tan bella es de rostro como de espíritu.

—¿La consideras, pues, una esposa apetecible?

—Por todos los conceptos, padre.

—Pues mucho me alegro—prosigue Harpagon—de que estemos de acuerdo en el modo de pensar, porque he resuelto casarme con Mariana.

Cleonte, medio desvanecido por la impresión no sabe qué responder. Al fin consigue balbucear :

—Me siento enfermo y me retiro.

—Eso no será nada—responde Harpagon, temiendo gastos de botica—ve a beberte un vaso de agua fresca.

Cuando Harpagon queda sólo con Elisa, sigue hablándole de su decisión de casarse con Mariana. Finalmente dice así :

—Ya que hablamos de matrimonios, hija mía, te diré que también he pensado en los vuestros. A tu hermano Cleonte le destino una viuda de la que me hablaron esta mañana, y respecto a tí, he pensando que te cases con don Anselmo.

Como Elisa protesta vivamente, el avaro Harpagón continúa :

—Don Anselmo te conviene : es hombre de gran fortuna y sus años no pasan de cincuenta.

Elisa, cada vez más enérgica, sigue oponiéndose a los deseos de su padre, tanto que Harpagón, irritado ante tan obstinadas negativas, concluye iracundo :

—Pues te casarás con él, porque lo mando yo, que soy tu padre. ¡ Y te casarás esta misma noche !

Elisa, entonces, intenta disuadirlo con dulzuras :

—Ese matrimonio es una locura, padre mío.

—Es un matrimonio ventajoso—dice Harpagón—. Y apuesto a que todos opinarán lo mismo.

Al observar que Valerio, el enamorado de

Elisa y mayordomo de la casa, se acerca hacia ellos, añade el avaro :

—Aquí llega Valerio. ¿Quieres qué lo hagamos juez en este asunto?

Elisa, convencida de que su novio ha de darle a ella la razón, accede, y el avaro, ignorante siempre de las relaciones que median entre su hija y el mayordomo, le dice así :

—Valerio, acércate. Te hemos elegido para que decidas quien de los dos tiene la razón de su parte. Pienso casar a mi hija con don Anselmo que es un hombre de fortuna y que además consiente en casarse con ella sin dote. Elisa se niega. ¿Tú crees que esta actitud es razonable?

La noticia, naturalmente, causa a Valerio gran transtorno, pero reacciona al instante e inclina la razón de parte del avaro, añadiendo que la boda con don Anselmo es una gran proporción para Elisa.

Harpagón va a darle las gracias, pero oye en aquel instante que ladran sus perros en el jardín, y como allí precisamente es donde ha enterrado el dinero, teme que hayan entrado la-

drones y decide, por si fuera cierto, acudir en defensa de su cajita, no sin antes ordenar a Valerio :

—No te muevas de aquí. Vuelvo al instante.

Cuando los enamorados quedan solos, Elisa muestra a Valerio su extrañeza de que incline la razón del lado de su padre. Valerio responde :

—Es preciso no contradecirle, mi amada Elisa. Si me retira su estimación estamos perdidos.

—¿Ignoras que la boda ha de realizarse esta misma noche?—advierte Elisa.

—Pide una tregua, finge una enfermedad. En último caso siempre tenemos el recurso de la huída.

Valerio se detiene al observar que Harpagon regresa del jardín, y variando de tono, prosigue :

—Una hija debe siempre obediencia a su padre. Además, tratándose de don Anselmo, no debeis reparar en su figura, ya que la poderosa razón de tomaros en matrimonio sin dote lo vence todo.

Harpagón, que se ha detenido a escuchar, se muestra satisfechísimo de la conducta de Valerio. Tras de darle las gracias, le concede plenos poderes sobre Elisa y añade dirigiéndose a ella :

—Desde hoy obedecerás a Valerio como si se tratara de mí mismo.

Elisa temiendo echarse a reir de ver a su novio convertido en preceptor se aleja de ellos. Valerio, viéndola marchar, dice a Harpagón :

—Señor, marchó tras ella para seguir aconsejándola.

—Sí, sí ; es conveniente.

Valerio, mientras Harpagón los oye, váse con Elisa hablándole de lo conveniente que es su boda con don Anselmo. Cuando el avaro ya no puede oírlos, comienzan a jurarse amor eterno, mientras Harpagón se considera dichoso de tener un mayordomo tan útil.

El avaro, para conseguir su boda con Mariana, habíase puesto de acuerdo con Frosina. La tal Frosina, era una mujer chismosa, y de ingenio, que vivía de mil negocios diferentes, entre los cuales se hallaba como esencial el de arreglar matrimonios. No ignorando Harpagón que para otros tan viejos como él había conseguido Frosina esposas tan jóvenes y bellas como Mariana, solicitó la ayuda de la chismosa y gracias a ella el asunto marchaba como Harpagón no pudiera ni soñar.

Para aquella noche en que el avaro estaba decidido a casar a Elisa con don Anselmo, preparaba Harpagón una cena con objeto de celebrarlo. Por este motivo, encargó a Frosina procurase que Mariana acudiera a la fiesta a fin de concertar su boda, sin pérdida de tiempo.

Frosina, que a pesar de conocer la avaricia

del viejo pensaba obtener pingües beneficios del negocio, trabajó de firme y se presentó aquella tarde en casa del avaro, dispuesta a no salir de allí con las manos vacías, para lo cual, ya en presencia del viejo, comenzó a halagarle con requiebros y zalamerias de este modo :

—¡ Cuán joven y bello estáis ! Muchos jóvenes de veinticinco años se os quisieran parecer.

Harpagón no puede reprimir un gesto de satisfacción, pero ansiando conocer detalles del asunto de su matrimonio, no la deja acabar :

—¿ Cómo va lo de mi boda, Frosina ? ¿ Visite a Mariana ?

—¿ Cómo podéis dudar que todo no marche a las mil maravillas ? Le hablé a su madre de vuestros propósitos de casaros con Mariana y no os podéis imaginar el agrado con que recibió la noticia. Le dije también que era vuestro gusto que esta noche viniera Mariana a la cena que con motivo de la boda de vuestra hija con don Anselmo ha de celebrarse,

y no sólo vendrá sino que la misma Mariana me indicó que estaría aquí a media tarde con objeto de conocer a Felisa y dar con ella una vuelta por la feria, antes de cenar.

El avaro se muestra muy contento de las revelaciones de Frosina, pero, variando de pronto de expresión, interroga :

—Y al hablar con la madre ¿nombraste algo del dote que debe dar a su hija?

Frosina, que sabe que Mariana es pobre, no acierta a responder al pronto, temiendo defraudar la avaricia de Harpagón, mas como mujer de ingenio, no tarda en hallar la forma de contestarle.

—Vuestra futura esposa—dice Frosina—os traerá a casa lo menos 600 luises de renta. Escuchad sin interrumpirme. Mariana tiene la costumbre de alimentarse con pan, ensalada y queso solamente, lo que os significa un ahorro de lo menos 150 luises anuales. No gusta de joyas ni vestidos suntuosos, lo que os permitirá otro ahorro de unos 200 luises al año. Tampoco tiene afición al juego, cosa poco común entre las mujeres del día. ¿Podéis ne-

garme que esto os evitará un gasto de lo menos de 250 luises anuales? Así, pues, 150 de la comida y 200 de los vestidos, 350; 350 y 250 del juego, 600. He aquí como vuestra boda con Mariana va produciros un ahorro anual de 600 luises.

Satisfecho Harpagón por esta parte, tuerce la conversación hacía otro punto.

—Sin embargo—dice el viejo—tengo el temor, Frosina, de que Mariana se canse pronto de mí a causa de mi poca juventud.

—Pero ¿qué decís?—responde Frosina que para todo encuentra argumentos—. ¿No sabéis, señor, que su afición por los viejos es desmedida?

—¿Es posible, Frosina?—exclama el avaro ignorante de las intenciones de la embustera. —¡Y tan posible! Tanto como detesta a los jóvenes, ama a los viejos. Cuanto más viejos, mejor. No hace mucho deshizo un contrato de matrimonio porque el hombre que iba a casarse con ella no tenía más que cincuenta y nueve años y no usaba lentes para firmar,

—¡Encantadora doncella! — exclama el avaro.

Frosina prosigue halagandole con mil zalamerías y embustes que Harpagón, envanecido, cree ciegamente. Cuenta al viejo como hizo a Mariana la descripción de su figura y de sus cualidades, y, aprovechando que la satisfacción del avaro llega a su limite, se atreve a insinuar prudentemente:

—Yo quería pedirlos algún dinero...

Harpagón tórnase grave súbitamente y Frosina cambia el tema de esta forma:

—No podéis imaginaros la alegría que tendrá Mariana al veros...

Como Harpagón se pone alegre, Frosina vuelve a cambiar de tema:

—Necesitaba vuestra ayuda porque estoy arruinada...

Harpagón se pone serio y Frosina prosigue:

—No os podéis imaginar con cuánto agrado me escuchaba cuando le hablé de vuestra gallardía, de vuestra inmensa pasión. Mariana os adora.

Harpagón se pone alegre. Insiste Frosina:

—En atención a mis servicios, os agradeceré me entreguéis algún dinero...

—Haré que el coche esté preparado a media tarde para llevaros a la feria—responde Harpagón evadiéndose.

—No es mucho el dinero que me hace falta..

—Y cuidaré de que la cena esté preparada pronto también...

—Debéis concederme el favor que os pido. Ya os advierto que la cantidad que me hace falta no es muy crecida.

—Me voy, me voy a prepararlo todo.

—Os vuelvo a suplicar que me prestéis...

Pero Harpagón ya no la oye. Huyendo de las peticiones de Frosina, se aleja dejándola plantada. Y la chismosa, entre insultos, denuestos y recriminaciones, sale en busca de Mariana, dispuesta a conseguir a la hora de la cena lo que ahora no ha conseguido.



Apenas se convence Harpagón de que Frosina anda ya lejos, comienza a prepararlo todo de forma que la fiesta le resulte lo más econó-

mica posible. Para evitarse buscar un cocinero, instruye a Santiago que el mismo se encargará de guisar. Santiago, el servidor más viejo de la casa, es y fué siempre el cochero de Harpagón. Hoy, pues, desempeñará dos cargos distintos: conducirá el coche que ha de pasear por la feria a Mariana y a Elisa, y hará de cocinero. Cuando Harpagón lo llama para darle instrucciones, Santiago pregunta:

—¿A quién va a hablar el señor: al cocinero o al cochero?

—Al cocinero.

—Entonces, vuelvo en seguida.

Santiago que iba vestido con una vieja librea de lacayo, se va y reaparece con mandil y manguitos. Harpagón le dice que serán diez a la mesa, pero que no haga comida más que para ocho, pues donde comen ocho comen diez. Añade, además, que procure gastar poco, y como Santiago objete que gastando poco es casa y mala será la cena, Valerio, que acaba de entrar en aquel instante, se mezcla en el diálogo de esta forma:

—¿Qué estáis diciendo ahí de que la cena

debe ser abundante? ¿Acaso crees tú que nuestro señor Harpagón pretende hacer morir de empacho a los comensales? La cena ha de ser moderada y exquisita.

—¿Una cosa exquisita con poco dinero?— comenta Santiago burlonamente, lleno de odio hacía Valerio que, por adular a Harpagón, se muestra con los criados tan tirano como él.

Valerio, que detestando secretamente al avaro no quiere perder su simpatía, le dice :

—Señor, yo os ruego que dejéis a mi cargo el asunto de la cena. Yo enseñaré a Santiago la forma de presentar la mesa como es debido sin apenas gastar un cuarto.

Harpagón, muy satisfecho, abraza a su mayordomo y le concede amplios poderes para obrar a su gusto, seguro de que Valerio mirará por su fortuna tanto como él.

El avaro va en busca de su hijo. Creyendo que el desmayo de Cleonte, cuando le comunicó sus propósitos de casarse con Mariana, obedecía únicamnete al desagrado que suele experimentar todo hijo cuando una madrastra

va a ocupar el puesto que su madre dejó vacío, le habla de esta manera :

—Hijo mío, quiero perdonar la actitud poco respetuosa con que recibiste la noticia de mi próxima unión con Mariana. Quiero perdonarte, pero a condición de que, cuando venga a visitarnos, te muestres ante ella como es debido.

—A decir verdad—responde Cleonte, cuidándose muy bien de ocultar su adoración por Mariana—no puedo ver con buenos ojos que el sitio de mi madre sea ocupado por otra, pero, para vuestra tranquilidad, os prometo que Mariana quedará satisfecha de mis atenciones y mi cortesía.

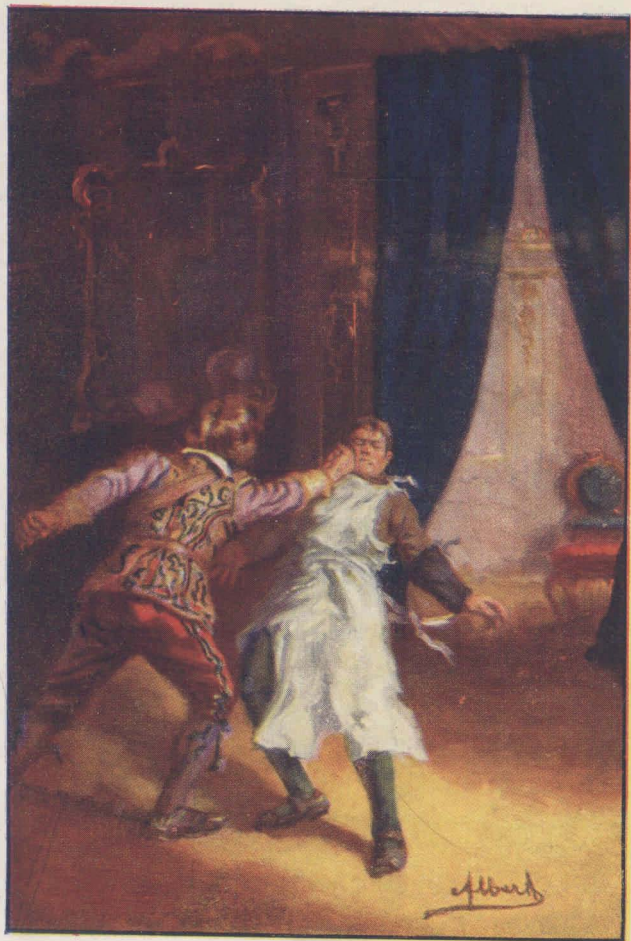
Mientras padre e hijo sostienen esta conversación, Valerio y Santiago han llegado a entablar una acalorada disputa que amenaza terminar de mala forma. Santiago, que presume los propósitos de Valerio al defender la avaricia de Harpagón, lo amenaza con irle con el cuento al avaro. Valerio, como mayordomo, ordena a Santiago que lo respete, y cómo Santiago, lejos de reprimirse, insiste en que cono-

ce sus planes y en que así ha de manifestarlo ante Harpagón, Valerio lo pone verde a coscorrones.

En aquel momento llegan a casa del avaro Frosina y Mariana. Mariana ha confesado a la chismosa, que si accede a visitar al avaro, es con la esperanza de ver a Cleonte a quien pertenece todo su amor.

El viejo, recordando las revelaciones de Frosina, se presenta a las recién llegadas puesto de lentes. Con él vienen Cleonte y Elisa. Harpagón, después de saludar a Mariana con ademán que quiere ser galante y resulta grotesco, presenta a sus hijos, repitiendo por lo bajo a Cleonte que cuide de su galantería para con la futura madrastra. Cleonte, que no ansía otra cosa, habla así a Mariana mientras estrecha su mano :

—Señora : no sé como alabar el gusto de mi padre al haber elegido para esposa a tan hermosísima dama. Si envidiar a un padre cupiera, yo envidiaría al mío por la felicidad incomparable con que el cielo le premia al concederle vivir a vuestro lado.



...Valerio le pone verde a coscorrones...

Harpagón, que no deseaba tanta galantería en su hijo, interrumpe para hacerlo callar :

—Os suplico me perdonéis, hermosa mía, si por descuido no puedo obsequiaros de la forma que merecéis.

—No teneis por qué lamentaros padre mío—dice Cleonte—, pues yo, que lo he previsto todo, he ordenado traer en vuestro nombre dulces y bebidas en abundancia.

Harpagón se lleva las manos a la cabeza, maldeciendo entre dientes a aquel hijo que usa de su caudal como propio, y deja lucir en uno de sus dedos un magnífico brillante de gran valor.

—Señora : ¿habéis visto brillante más hermoso que ese que luce mi padre en uno de sus dedos?—dice Cleonte.

Y seguidamente saca la sortija del dedo de su padre, entregándosela a Mariana sin dar tiempo a que Harpagón lo impida. El avaro se muerde los puños de rabia. Como la joven se niega a aceptar joya de tanto valor, dice Cleonte :

—Mi padre tiene empeño en que aceptéis

este pequeño obsequio, como signo de vuestro amor.

Harpagón, con el mayor disimulo posible, murmura insultos al oído de Cleonte y éste prosigue :

—Ved cómo me dice que os fuerce a que lo admitáis.

El avaro, cada vez más inquieto no sabe cómo maldecir a su hijo.

—¿No observáis como se desespera ante vuestra negativa?

Mariana, tomando por ciertas las palabras de Cleonte, admite al fin el regalo y déjase conducir al jardín, donde su adorador ha mandado preparar los dulces y bebidas para obsequiarla, mientras Harpagón, rojo de ira contra aquel hijo que quiere arruinarlo, ordena a Valerio los acompañe y cuide de salvar la mayor parte de pasteles posible, para devolverlos a la confitería.

Después del convite, sólo con Mariana, muéstrase Cleonte más enamorado que nunca, condoliéndose de que la decisión del avaro le impida hacerla su esposa. Mariana, que sólo

por obediencia a su madre consiente en su boda con Harpagón, confiesa a Cleonte que sólo a él ama y amará siempre. Los enamorados luchan por hallar una solución al doloroso conflicto, que les permita burlar las imposiciones de la madre de Mariana y los empeños de Harpagón.

Buscan a Frosina para que con su ingenio les ayude a resolver el problema, y pronto la chismosa halla un procedimiento que expone a renglón seguido. La intrigante, en vista de que al avaro no logrará sacarle partido, accede gustosa a ayudar a los jóvenes y dice así, dirigiéndose a Cleonte :

—Convencer a la madre de Mariana de que en vez de Harpagón seáis vos el esposo de su hija, es cosa fácil. A mi entender, toda la dificultad consiste en que vuestro padre ni desistirá de su boda ni, aún desistiendo, os dará su consentimiento para casaros con Mariana. Sin embargo, se me ocurre una solución. Si una dama de calidad, con su título de marquesa o condesa y sus buenos miles en oro constante y sonante, se ofreciera a vuestro padre

como esposa, es casi seguro que, fascinado por el dinero, rehusaría a Mariana muy gustoso. La dama de calidad no existe, pero yo tengo una vecina que mediante algún dinero se prestaría a hacer su papel.

—Me admira tu talento, Frosina—interrumpe Cleonte— pero ¿no ves que mi padre descubrirá el engaño?

—Lo tengo previsto—responde Frosina—. Pero vuestro padre descubrirá el engaño (porque así lo procuraremos nosotras) cuando os haya concedido casaros con Mariana. Y una vez casados ¿qué os importa que el señor Harpagón se dé de cabezadas contra las paredes?

Cleonte, loco de alegría, promete recompensar largamente a la chismosa. Se inclina a besar la mano de Mariana, advirtiéndole que mientras tanto procure conquistar el corazón de su madre, cuando aparece Harpagón, el cual, viendo con cuánta efusión se despidе Cleonte de su futura madrastra, sospecha que el amor media entre los dos jóvenes y avanza hacia ellos dispuesto a descubrirlo.

—Hermosa mía—dice el avaro a Mariana—, Elisa os espera en el coche para el paseo.

Cuando las dos mujeres salen en busca de Elisa, y Cleonte se dispone a marchar tras ellas, Harpagón lo detiene.

—No te vayas, Cleonte. Quiero hablar contigo... Dime : respecto a su figura y belleza ¿qué te parece Mariana?

Cleonte, que adivina las intenciones de Harpagón, responde con fingidas muestras de desagrado :

—Si queréis que os sea franco, padre mío, os diré que su talle es bastante imperfecto, su belleza muy mediana, y su talento excesivamente común.

El avaro, que a su vez presume las intenciones de su hijo al responderle de aquella forma, recurre a una artimaña para obligarlo a confesar.

—Lo siento—dice Harpagón—, porque he reflexionado que Mariana es muy joven para mí y pensaba casarla contigo.

—¿Conmigo?—exclama Cleante sin saber ocultar su alegría.

—Contigo. Pero como Mariana no es mujer de tu gusto, no quiero forzarte a que te cases con ella y me casaré yo.

Aunque, efectivamente, no es mujer muy de mi gusto—dice Cleonte—me casaré con Mariana con tal de complaceros.

—Eso si que no, hijo mío. No consentiré que seas desgraciado por mi culpa.

Cleonte, que cree sinceras las palabras del avaro, se decide a confesarlo todo con tal de casarse con Mariana.

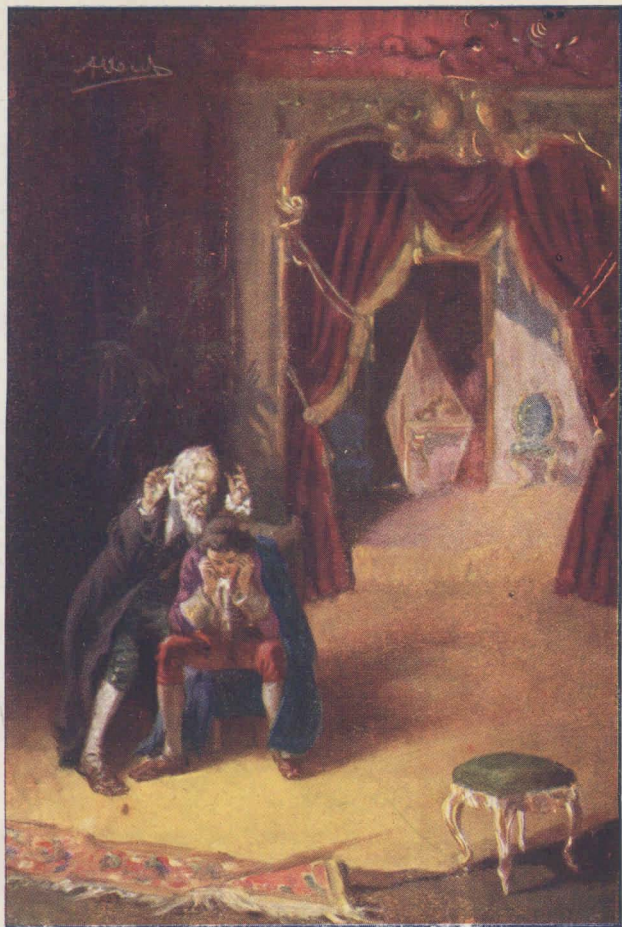
—Padre mío, puesto que las cosas han ilegado a este punto, quiero manifestaros que Mariana me parece la esposa ideal y que la amo y la amé siempre. Si no os lo dije antes es porque os veía decidido a casaros con ella ; pero ya que vosotros mismos desistís, os pido el consentimiento para hacerla mi esposa.

El avaro, que ansia aún conocer más detalles, pregunta a su hijo.

—Y dime : ¿ella te corresponde?

—Sí, padre mío.

Harpagón, descubierto todo cuanto desea-



...a pedir un garrote a voz en grito.

ba descubrir, se desenmascara y dice a Cleonte :

—Has de saber, hijo mío, que ha sido todo una artimaña para conocer la verdad. Sigo queriendo a Mariana para mí, y procura ir olvidandote de esos amores, pues has de casarte con la viuda que te destino.

Cleonte, rojo de ira, responde :

—Pues bien, ya en este estado de cosas, soy yo el que os digo que Mariana será para mí y no habrá fuerza humana que la arranque de mis brazos.

—¿Cómo se entiende, bribón? Ahora aprenderás a ser más respetuoso con tu padre.

Dicho esto comienza Harpagón a pedir un garrote a voz en grito. Santiago, el cocinero, acude a la llamada, temblando tan sólo de oír nombrar el garrote. Al darse cuenta de que el disgusto es entre padre e hijo, procura poner paz por todos los medios posibles.

—Es un mal hijo—vocifera Harpagón—. Amo a una mujer con quien quiero casarme y se atreve a poner los ojos en ella.

El avaro, enfurecido, intenta abalanzarse so-

bre Cleonte, pero Santiago se interpone y lo hace retroceder hasta un extremo de la habitación.

—Yo os ruego—dice Santiago a Harpagón sin que Cleonte pueda oirlo—que me dejéis obrar a mí. Lleváis la razón. Vuestro hijo confesará que todo ha obedecido a un instante de acaloramiento y os suplicará le perdonéis.

Dicho esto, se aproxima a Cleonte y, sin que Harpagón pueda oirle, le dice así:

—Vuestro padre consiente en que haga de juez. Como supongo que la razón estará de vuestra parte decidme cuanto haya, que yo me cuidaré de que se arregle todo.

—Pues sucede, Santiago—responde Cleonte—que amo a una joven que corresponde a mi amor y mi padre se obstina en turbar nuestra felicidad. ¿Tú crees que eso está bien?

—Claro que no—dice Santiago—. Dejadme. No os mováis de aquí, que yo mismo probaré a convencerlo.

Se aprōxima a Harpagón y le habla de esta forma:

—Vuestro hijo reconoce que la razón es

vuestra y que todo ha sido originado por un momento de ofuscación en él. Dice que desde luego se somete a vuestra voluntad con tal de que no le deis por esposa a esa viuda de que le hablaisteis.

—¡ Ah ! bien—responde Harpagón—. Dile que siendo así tendrá de mí cuanto quiera y que, a excepción de Mariana, puede elegirse la esposa que sea de su gusto.

Santiago vuelve a Cleonte.

—Vuestro padre—le dice—reconoce que os trató con excesiva dureza. Está dispuesto a concederos a esa joven a quien tanto amáis con la condición de que le guardéis desde ahora en adelante el debido respeto.

—Gracias, Santiago—responde Cleonte—. Agradezco tus servicios y pediré perdón a mi padre, porque verdaderamente estuve con él poco respetuoso.

Cuando padre e hijo se aproximan a darse mutuas explicaciones, Santiago huye presuroso antes de que se descubra el engaño.

—Perdonadme, padre mío—dice Cleonte—

Yo os guardaré siempre el mayor respeto y gratitud ya que me concedéis a Mariana.

—¿Cómo? Pero ¿no acabas de decir a Santiago que desistes a amarla porque reconoces que la razón me pertenece?

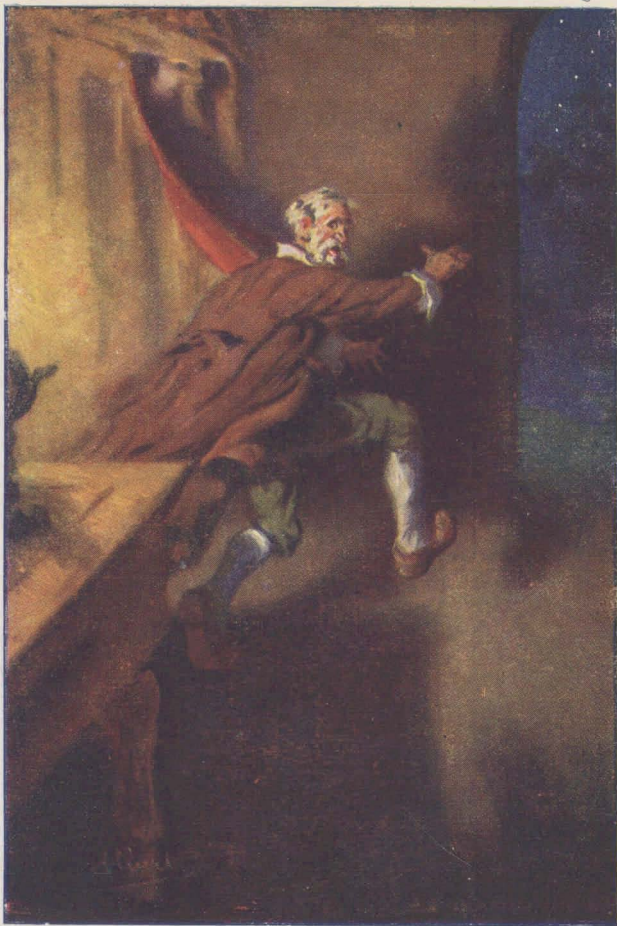
—Yo de Mariana no desistiré nunca.

—Yo te haré desistir a fuerza de palos.

La discusión vuelve a entablarse más violenta esta vez. Cuando Harpagon sale de la estancia encolerizado, La Flecha, criado de confianza de Cleonte, que aguardaba el momento de hablar solo a su amo, se acerca a él con sigilo y le dice :

—Señor, venid conmigo que ya está todo resuelto. ¿No os hacía falta dinero para huir con la mujer que amáis? Pues, he aquí los diez mil luises que escondió en el jardín vuestro padre. Su avaricia, por esta vez, se verá burlada.

Cuando Cleonte va examinar la cajita que su criado le entrega, oyen las voces de Harpagon, que acaba de descubrir el robo, y salen huyendo, protegidos por las sombras de la noche.



¡Ladrones! ¡Ladrones!

El avaro grita, más que enfurecido, loco. Corre por la casa tropezando con los muebles.

—¡Ladrones! ¡Ladrones!—ruge Harpagón.

La casa está vacía, pero él cree ver al culpable en todos los rincones. Golpea las paredes, se abalanza sobre su misma sombra, se clava las uñas en el cuello, creyendo que tiene al ladrón entre sus manos, y, cada vez con más ímpetu y rabia, no cesa de gritar :

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

III

A los gritos de Harpagón ha acudido gente y se ha dado parte del robo a la justicia. Un escribano acude presto al lugar del delito, y cuando el avaro logra serenarse, comienzan ambos las investigaciones para descubrir al autor del robo. Harpagón pide que se ahorque a todo el mundo. Para él su cajita vale más que la humanidad entera. El escribano le recomienda calma y pide al viejo haga comparecer a sus servidores para interrogarlos con habilidad.

Santiago es el primero en presentarse a declarar. Confiesa no saber nada del asunto, pero recordando de pronto los golpes que le propinó Valerio cuando lo amenazó con contarle al avaro sus propósitos de casarse con Elisa, dice para vengarse de él :

—Señor : el ladrón es vuestro mayordomo.

—¿Valerio?—exclama Harpagón asombradísimo de que su criado más fiel haya podido robarle.

—Sí, señor: Valerio—repite Santiago—Yo le ví como se llevaba vuestra cajita.

Harpagón manda llamar a Valerio y apenas el mayordomo aparece en el umbral comienza a gritarle:

—Ah, canalla! Hemos descubierto tu villana acción... Bien me engañaste, infame. Yo creí que tus atenciones y tu fidelidad eran sinceras y has resultado el más traidor de los hombres.

Valerio queda al pronto sorprendido de los insultos del avaro, pero creyendo después que la villana acción a que el viejo se refiere, son sus propósitos de conseguir la mano de Elisa, contesta:

—Puesto que se ha descubierto todo, señor, no tengo por qué negar nada.

Santiago, que cree que la confesión de Valerio corresponde el robo de los dos mil luis se admira de haber acertado. Harpagón dice al escribano:

—No os olvidéis de apuntar que confiesa su delito. Ya lo pagará con la horca.

—Señor—exclama Valerio—no creo que

mi delito sea tan grande para merecer ser tratado con tal dureza.

—¿No te parece gran delito robo semejante?

—¿Robo llamáis a eso?

—Cómo voy a llamarle?—exclama Harpagon pensando en su adorada cajita—. Se trata de un preciosísimo tesoro.

—En verdad es un preciosísimo tesoro—dice Valerio creyendo aún que el avaro se refiere a su hija—. Pero yo os juro que Elisa no es culpable de nada.

—¿Qué dices de Elisa?

—Digo que es tan honesta y virtuosa, que me han sido necesarios todos los trabajos imaginables para que consintiese en mi amor, y hasta ayer no he logrado que firmara la mutua promesa de nuestro matrimonio.

—Que mi hija se ha comprometido a ser tu esposa?—exclama Harpagon extrañado.

De regreso de la feria, llegan en aquel instante Elisa, Frosina y Mariana. El avaro, que juzga a Valerio ladrón de sus dos mil lises, se abalanza sobre su hija insultándola dura-

mente por haberse comprometido a ser la esposa de su mayordomo. Don Anselmo, esposo que el avaro destinaba a su hija, entra oportunamente para librar a la muchacha de las iras de su padre.

—Qué sucede?—pregunta don Anselmo.

—Sucede—responde el avaro—que ese ladrón de Valerio ha engañado a mi hija para que consienta en ser su esposa.

—Sabed, señor Harpagón—exclama Valerio sin poder contenerse— que ni he engañado a vuestra hija ni estoy dispuesto a consentir vuestros insultos. Todo Nápoles podrá justificar mi honradez y mi estirpe.

—¿Todo Nápoles, decís?—interrumpe don Anselmo—Llevad cuidado, pues habláis ante una persona que todo Nápoles conoce.

—¿Sois de Nápoles?—exclama Valerio—. Conoceréis entonces a don Tomás de Alburucí...

—Pocos como yo podrán conocerle... ¿Qué tenéis que decir de don Tomás de Alburucí?

—Que es mi padre.

—¿Vuestro padre?—repite impresionado

don Anselmo—¿Sabéis que la familia de don Tomás de Alburucí pereció en un naufragio del que él se salvó milagrosamente?

—No sólo él tuvo la suerte de salvarse. Yo, su hijo, fuí salvado también por una fragata cuyo capitán me acogió bajo su amparo. Mi madre y mi hermana son las que perecieron en el naufragio para desgracia mía.

—¿Cómo podréis probar todo cuánto habéis dicho?—pregunta don Anselmo que durante el relato del joven ha ido emocionándose hasta el punto de que apenas puede articular palabra.

—El capitán que me educó puede ser testigo. Conservo además un reloj guarnecido de rubíes, regalo de mi padre y un brazalete de ágata que mi madre me puso al embarcar.

Al llegar a este punto del diálogo, Mariana, que escuchó la historia de Valerio sin desplegar los labios; se abraza a él medio desvanecida declarándose hermana suya.

—¿Vos, mi hermana?

—Sí. También nuestra madre y yo nos salvamos tan milagrosamente como tú. Cuando

llegamos a Nápoles encontramos vendidas nuestras haciendas y comenzamos a arrastrar una amarga vida, porque nuestros parientes se negaron a concedernos la menor ayuda. Últimamente llegamos a ésta donde vivimos llenas de necesidades y amarguras.

—Abrazadme, hijos míos—exclama don Anselmo interrumpiendo el relato de Mariana.

—¿Vos nuestro padre?

Valerio y Mariana no se atreven a dar crédito a sus oídos. Don Anselmo, abrazado a ellos, les dice :

—Sí, yo soy don Tomás de Alburucí a quien el cielo preservó de las olas con todo el dinero que llevaba ; yo, que creyendoos muertos desde hace tantos años, me decidía a unirme a esa mujer honesta a quien tu amas, buscando sólo el consuelo de un nuevo hogar. Si uso el nombre de Anselmo es porque no quería oír aquel otro que me recordaba la inmensa desventura de haberos perdido.

Mientras toda esta escena se ha desarrollado el viejo Harpagón ha ido perdiendo la paciencia al ver que ya no se hablaba de su cajita.

Cuando don Anselmo termina su confesión exclama el avaro :

—¿Conque Valerio es vuestro hijo? Pues ya podéis pagarme los dos mil luises que me ha robado.

—¡Qué yo os he robado dos mil luises !—dice Valerio asombradísimo.

Don Anselmo se sorprende también, mas en aquel momento entra Cleonte después de haber escondido el tesoro y dice dirigiéndose a Harpagón :

—Padre, no os atormentéis por nuestro dinero que está en sitio seguro y sólo de mí depende que lo recobréis o no.

—¿Dónde está?—pregunta el avaro ansiosamente.

—Para que yo os lo diga—prosigue Cleonte—habéis de cederme a Mariana y pedirle a su madre que consienta en esta boda.

—Pero ¿no sabéis—le interrumpe Mariana—que este que tenéis delante es mi hermano y este otro mi padre a quien me habéis de pedir?

—Hijos míos—habla don Anselmo—, hoy

ha de ser un día feliz para todos. Así, tú, Mariana, te casarás con Cleonte, ya que vosotros lo queréis y a nadie mas que a mi corresponde conceder tu mano. Y ahora, señor Harpagón, os pido la de vuestra hija para Valerio. Todos los gastos correrán de mi cuenta.

—Antes de responder, quiero registrar mi cajita.

Cleonte va por ella y el viejo, acariciando el oro, dice a todo que sí.

Media hora después, todos contentos y felices, se sientan a la mesa de Harpagón. El festín va a ser espléndido, porque don Tomás de Alburucí—don Anselmo hasta entonces—no ha reparado en gastos. Valerio está junto a Elisa, Cleonte junto a Mariana, don Tomás junto a su esposa a quien han mandado llamar y Harpagón junto a su cajita de la que promete no separarse nunca.

EL ENFERMO DE APRENSIÓN

EN el año 1673 vivía en París un señor llamado Argán, cuyas únicas preocupaciones consistían en consultar a médicos y boticarios.

Ello era debido a que Argán, estando sano como una lechuga, creía adolecer de todos los males existentes y aún por existir, pues no se descubría enfermedad o molestia alguna que Argán no asegurase venirla padeciendo desde muchos años atrás.

El médico Purgón, íntimo amigo suyo, se aprovechaba de lo lindo, atribuyéndole un nuevo mal cada día, lo cual le daba pretexto para visitarlo mañana y tarde, por lo que consideraba a aquel enfermo de aprensión el mejor cliente de París.

Argán, pues, no vivía tranquilo. Entre purgas, jarabes y medicamentos no tenía minuto de reposo, y si en alguna ocasión se le ofrecía un rato de descanso, lo empleaba en pensar en sus dolencias o en aquella muerte que él creía tan cercana.

Era viudo y estaba casado en segundas nupcias con Belisa, mujer falsa como la que más pues sólo se unió a Argán en matrimonio con el objeto de aprovecharse de su fortuna.

Como Argán era realmente un hombre de excelente salud, nadie hacía caso de sus continuas lamentaciones maniáticas. Belisa, en cambio, para ganarse sus simpatías, le llevaba la corriente en todo y lo cuidaba con un mimo tan excesivo como falso. Argán, que ignoraba sus manejos, llegó a adorarla de tal forma, que pensó hacer testamento, por si alguna de sus enfermedades imaginarias le matara repentinamente, dejando toda su fortuna a la amada esposa, quien se precipitó a buscar un notario que se encargase del asunto.

La cosa no era fácil, porque Argán tenía dos hijas de su primera mujer, que, según

las leyes, eran los herederos forzosos de todos sus bienes. Belisa, no obstante, tenía gran intimidad con cierto notario, y éste se encargó de burlar hábilmente el código, con objeto de que toda la hacienda del enfermo de aprensión pasara a manos de su amiga.

Las hijas de Argán se llamaban Luisa, la menor, y Angélica, la mayor. Esta última era una joven buena como ella sola y hermosa como ninguna. Adoraba, y con ello no hacía mas que corresponder, a Cleonte, hombre el más digno de hacer suyo aquel tesoro. Pero su madrastra que, celosa y dura de corazón, la odiaba profundamente, hacía imposibles tales relaciones no permitiendo que Angélica pudiese un pie en la calle y tratando de convencer a Argán de que lo más conveniente para su hija era encerrarla en un convento.

Gracias a que Antonia, antigua criada de la casa, tenía por Angélica tanto cariño como respeto, y ella era la que servía de correo o intermediario entre los novios. Antonia, además, había conseguido con su gran astucia que Belisa, haciéndola su confidente, le con-

fesase todas sus maquinaciones contra Argán.

En una carta que recibió una tarde Angelica de su novio, la manifestaba éste su decisión de pedir su mano en seguida. Así pues, cuando Angélica fué llamada por su padre y oyó de sus mismos labios que la iba a casar sin pérdida de tiempo, pues habíanle pedido su mano, Angélica se transfiguró de alegría.

—Hemos ultimado el asunto—dijo Argán—y la boda será muy pronto. Tu madrastra se negaba a autorizar este matrimonio, porque desde hace tiempo pretende que tú y tu hermana Luisa entréis en un convento; pero yo he logrado convencerla y accede a la boda.

—Mucho que os lo agradezco, padre mío.

—Como tu mano me la ha pedido el tío de tu futuro, al joven que va a ser tu esposo no lo conozco, pero afirman que quedará satisfecho.

—Seguro que sí, padre.

—¿Es que tu lo conoces?

—Sí, padre. Puesto que tengo vuestro consentimiento, no hay por qué ocultar nada...

Lo conozco y nos queremos de algún tiempo a esta parte.

—Mas vale así, hija mía. Creo que se trata de un buen mozo.

—Sí, padre mío.

—Arrogante.

—También.

—Simpático.

—Ya lo creo.

—Franco.

—Mucho.

—Digno y juicioso.

—Dignísimo.

—Honrado.

—Honradísimo.

—Que habla griego y latín a maravilla.

—Eso si que no lo sabía, padre.

—Y que será médico dentro de tres días.

—¿Médico Cleonte, padre mío?

—¿Qué Cleonte?

—Mi novio.

—Tu novio se llama Tomás. Es el sobrino de mi médico, el señor Purgón.

Angélica siente que el alma se le cae a los

pies. Deshecho el embrollo, la joven jura y perjura que jamás se casará con otro que con Cleonte. Argán se irrita, vocífera la amenaza.

—Tú te casarás con quien yo mande. Tomás es médico, su padre es médico, su tío médico y yo quiero tener en mi familia cuanto más médicos mejor para que cuiden mis enfermedades.

Angélica acudió inmediatamente a pedir auxilio a Antonia. Le contó que la querían casar con el sobrino del señor Purgón y que era preciso avisar a Cleonte. Antonia buscó a una amiga suya que servía en una casa de la vecindad y mandó el recado a Cleonte por mediación de ella.

Aquella misma tarde se presentó el joven en casa de Argán dispuesto a impedir aquel matrimonio fuera como fuera. Antonia al verlo quedó asombrada.

—¡Vos aquí, mi señor don Cleonte!

—No chilles, Antonia, que no quiero que me descubran. Como hablar con Angélica, por la estrecha vigilancia en que la tienen, es poco menos que imposible, voy a hacerme pasar por

un amigo y compañero de su maestro de música, que viene a substituirlo durante su ausencia. Anda, avisa a tu señor.

Antonia, siguiendo sus órdenes, dió cuenta a Argán de que un caballero deseaba hablar con él. Salió a recibirle y al ver a Cleonte le preguntó :

—¿Qué deseábais?

—Vengo en substitución del maestro de música de vuestra hija. Ya sabéis que se encuentra de viaje, y con objeto de que la señorita Angélica no se olvide de lo aprendido...

—Bien, bien. Mandaré llamar a mi hija inmediatamente.

No hubo necesidad de llamarla porque Angélica, ignorante de todo, llegó en aquel momento al salón de música que es donde Cleonte y Argán conversaban. Al ver a Cleonte no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Como Argán lo extrañara, ella hubo de inventar una mentira.

—Me sorprendí, padre mío, porque esta noche he soñado con un caballero igual a este.

—Pues es tu nuevo maestro de música. Anda ya podéis empezar.

—¿No os molestará el ruido, padre?

—No, no. Al contrario. La música me distrae.

En aquel preciso momento llegó Antonia con el recado de que el doctor Diafoirus con su hijo Tomás, próximo doctor también, deseaban verlo. Argán les hizo pasar al mismo salón de música, y como Cleonte, discretamente, intentara marcharse, el propio Argán fué el primero en impedirlo.

—No os vayáis, señor Cleonte. Es el futuro de mi hija, y para amenizar la tarde tocaréis algo de música.

Tomás entró entonces acompañado de su padre. Era un joven ridículo y tieso como un palo, que para hablar había de aprenderse antes las palabras de memoria. Diafoirus era digno padre del antipático Tomás.

Llegó la hora del concierto. Cleonte y Angélica, por insinuación del primero, que se sentó al piano, cantaron un duo que Cleonte dijo de una ópera reciente, pero que en realidad no



Era un joven ridículo y tieso...

eran más que palabras inventadas por ellos mismos para jurarse su amor delante de todos. Cuando ya se habían dicho «te amo» de cien formas diferentes, Argán mandó que callasen juzgando estúpida aquélla ópera.

—Es una ópera que ha tenido mucho éxito —afirmó Cleonte.

—Pues a mí maldita la gracia que me hace tanta palabra melosa.

—Es un canto de amor.

—Bien, bien. Podéis retiraros, cuando Cleonte desaparece, prosigué Argán dirigiéndose a Angélica.

—Ahora tratemos de tu boda: Como ya está todo ultimado, te casarás con Tomás dentro de cuatro días.

—¿Dentro de cuatro días?—clamó Angélica.

—¿Qué tono es ése?

—Es conveniente, padre mío, que dejemos pasar un poco de tiempo. Este caballero, a quien yo admiro por sus cualidades, es para mi casi un desconocido. No puedo amarle todavía...

—Ya le amarás una vez casada.

—No, padre. Expongo la felicidad de toda mi vida. Yo no puedo casarme con un hombre a quien no amo aún.

—Tú te casarás con quien yo te mande. Y si no, mañana mismo entrarás en un convento.

Cuando Angélica, apenada por su mala suerte volvió a sus habitaciones, observó con sorpresa que allí estaba Cleonte aguardándola.

Argán al quedarse sólo con los doctores les suplicó que le reconociesen. Tomás le tomó una muñeca y su padre cogió la otra.

—Vamos a ver, hijo mío—dijo Diafoirus—que te parece a tí.

—Pues que el pulso 'del señor Argán es pulso de persona que no está buena.

—Muy bien, hijo mío. Y ¿qué más?

—Que es un pulso débil.

—Y ¿qué más?

—Que el señor Argán no está bueno.

—Perfectamente.

Tomás animado por su padre prosiguió:

—Seguramente los médicos, señor Argán,

os habrán ordenado comer mucha carne asada.

—No. Sólo cocido.

—Eso es. Quien dice cocido dice asado.

—Bien, pero vos ¿qué me aconsejáis?

—Pues que en los huevos pasados por agua echéis, para tomarlos, dos, cuatro, seis, ocho granos de sal. Siempre números pares.

Dando por terminada la visita, despidiéronse de Argán ambos doctores, y apenas el enfermo imaginario quedárase solo apareció precipitadamente su esposa Belisa. Venía excitada y furiosa :

—¡ Ay, esposo mío de mi alma !

—¿ Qué te sucede, riquita mía ?

—¡ Angélica, tu hija Angélica !

—¿ Qué ?

—Que estaba en su habitación hablando con un hombre.

—¿ Con un hombre ?

—Con un hombre que ha huído apenas escuchó mis pasos.

—¡ Ah, pícara ! Me matará, esta mala hija ; va a ser mi muerte.

—No, querido mío, no te mueras tú. Yo

sin tí no sabría vivir—. Se echó a llorar para mejor fingir su cariñoso interés—Nenito de mi alma, yo no quiero que tú te disgustes... Lo que has de hacer es meter en un convento a esa Angélica de los diablos.

—Mañana mismo, chacha mía, mañana mismo... Pero no me llores, no llores tú.

Como Beraldo, hermano de Argán, llegara en aquel instante, Belisa, que lo conocía bien, abandonó inmediatamente a su esposo como si huyera de un peligro.

—¿Qué dice tu mujer de meter a Angélica en un convento?

—¡Ay, hermano mío! No me hables de Angélica, no me hables de esa mala hija.

Argán relató a continuación todo lo sucedido, sin omitir los proyectos de casar a su hija con Tomás, médico, hijo de médico, y sobrino de su médico de cabecera, el señor Purgón. Beraldo se puso de parte de Angélica. Era su opinión que para todo matrimonio debían, antes que nada, amarse los futuros esposos mutuamente. Así se lo comunicó a su hermano, y como Argán se exasperara, le habló más claramente aún.

—Mira, mi querido Argán. Todo eso son cosas de tu mujer, de tu mujer que te está engañando. ¿No sabes que todos esos mimos no tienen más objeto que conquistarse tu simpatía y con tu simpatía tu hacienda?

—No digas eso, Beraldo. Belisa es la única que me quiere, la única que me cuida.

—Pero, que te cuida ¿de qué?

—De mis enfermedades. ¿Es que no estoy enfermo? Sólo ella se da cuenta de mi gravedad y suspira por mi muerte.

—Mira, querido hermano. Ni Belisa es sincera con sus zalamerías y mimos, ni tú estás grave. Tú eres un enfermo de aprensión, todo tu mal es imaginario. Tan pronto como te dejes de médicos y medicinas, yo te aseguro que recobrarás el sosiego que es lo único que te falta.

Les interrumpió el boticario que entraba con un medicamento para Argán. Este, al verlo, dijo a su hermano que lo perdonara un instante, pues iba a tomar una cucharada de aquel específico que le había recetado Purgón.

—¿Ahora vas a tomar medicamentos? Va-

mos, hermano mío, déjate de potingues y tonterías, y charlemos un rato tranquilamente.

—¿Cómo tontería?—exclamó el boticario revolviéndose con ira.— ¿Quién sois vos para llamar de ese modo a las cosas de mi farmacia, recetadas, además, por el señor Purgón que es una eminencia?—y dirigiéndose a Argán:— Ya diré yo a vuestro médico la opinión que tenéis de él, para que os deje morir como un perro.

—¡ Por Dios, señor boticario !—imploró Argán—que yo no he dicho nada, que ha sido mi hermano, y eso porque está siempre de broma.

Pero el farmacéutico ya no le oía. Indignado, huyó de aquella casa donde se calificaba de tonterías a sus medicamentos, pero al llegar a la puerta de la calle se encontró a Purgón que lo detuvo.

—¿ Qué os sucede, amigo mío ?

El farmacéutico se lo contó todo exagerando la nota, y a los dos minutos estaba Purgón en presencia de Argán y su hermano, a quienes habló de esta forma :

—Acaban de comunicarme lo que decíais de mí hace un momento. Y como yo no puedo consentir que se llame de mala forma a lo que receto y vende mi boticario, sabed que nuestras relaciones han terminado absolutamente.

—Por Dios, no me abandonéis, que estoy ahora más enfermo que nunca.

—Claro que lo estáis. Y pronto habréis de guardar cama para morir dentro de un mes a lo sumo.

—¡Por Dios! que ha sido mi hermano, que yo no he dicho nada.

Pero tampoco Purgón atendió sus lamentaciones, y, dando media vuelta, salió del aposento dejándose a Argán muerto de miedo y llorando de rabia.

—Tú tienes la culpa—decía a su hermano.—Ya lo has oído: a guardar cama y a morirme ante de un mes. Además, pierdo la ocasión de casar a mi hija con un médico, porque como éste es tío de Tomás, estoy seguro de que no ha de consentir que su sobrino entre a formar parte de una familia que se burla de su ciencia.

En estas lamentaciones estaba cuando apareció Antonia para decirle :

—Señor, ahí hay un médico que desea visitarnos para ponerse a vuestro servicio.

—¿Un médico?... ¡ Qué alegría ! Que pase, que pase.

—Quiero rogaros, señor—prosiguió Antonia—que os fijéis bien en su rostro.

—¿Para qué?

—Para que me digáis si se parece a mí... porque yo creo que nos parecemos como dos gotas de agua.

—Bueno, bueno. Tú dile que entre en seguida.

Antonia desapareció para transformarse en un minuto de tal forma, que al reaparecer vestida de doctor, ni siquiera en el parecido del médico con su criada reparó Argán. Sólo después de haber hablado mucho se fué dando cuenta, por lo femenino de la voz y otros muchos detalles, de que aquel hombre se parecía extraordinariamente a Antonia. Como Argán la mirase con excesivo detenimiento, sospechando al fin

que fuese Antonia vestida de doctor, ella le preguntó con desenfado :

—¿Qué me miráis, señor?

—Vuestro rostro es extraordinariamente lozano. Hasta parece rostro de mujer.

—¿Qué edad sospecháis que tengo?

—Pues unos veinticinco años—respondió Argán sinceramente.

—¡Já, já!

—¿Por qué os reís?

—Porque son noventa y no veinticinco.

—¿Noventa años, vos?

—Noventa, noventa. Lo que sucede es que los secretos de mi arte me harán vivir hasta doscientos años en plena lozanía.

—¡Es prodigioso!—exclamó Argán satisfecho de que su nuevo doctor fuera tan sabio.—Bueno, eminente amigo, ¿queréis reconocerme?

—¡Ya lo creo!... Pero decidme ante todo, ¿quién es vuestro médico?

—Purgón.

—¿Quién es Purgón?

—Creo que también una eminencia

—Imposible. Le conocería yo. Yo conozco a todas las eminencias y aún a los que no merecen más que el calificativo de buenos. Purgón pues, debe de ser un ignorante.

Le tomó el pulso y siguió interrogando :

—¿Qué enfermedad dice que tenéis ese medicucho?

—Afirma que padezco del hígado.

—¿Cómo del hígado? Vuestro mal está todo en el pulmón.

—¿El pulmón?

—Ni más ni menos. A ver, ¿qué es lo que sentís?

—Dolor de cabeza—dijo Argán.

—El pulmón, ya lo creo que es el pulmón.

—A veces parece que tenga un velo ante los ojos.

—El pulmón.

—Y una laxitud en todo el cuerpo.

—El pulmón.

—Dolores de vientre.

—El pulmón, todo vuestro mal está en el pulmón. ¿Coméis con apetito?

—Sí.

—El pulmón... ¿Os agrada el buen vino?

—Sí.

—El pulmón... ¿Qué alimentos os dijo ese medicucho que tomárais?

—Potaje.

—¡Qué ignorancia!

—Huevos frescos.

—¡Qué ignorancia!

—Caldo.

—¡Qué ignorancia!

—Y por las noches ciruelas para aligerar el vientre.

—¡Qué animal! Vuestro médico os estaba matando. Yo os curaré en tres días; pero habéis de prometerme no dejaros visitar por más médico que yo.

—Prometido.

—Muy bien. Un discípulo mío vendrá a visitaros con frecuencia y yo le acompañaré algunas veces. Veréis cómo en menos de un par de semanas estáis más sano que una lechuga.

Apenas salió del aposento se despojó en un santiamén de su disfráz y resurgió Antonia tal y como era.

—¡ Oh, Antonia !—díjole Argán.— ¡ Qué lástima que no hayas venido unos minutos antes ! El médico que acaba de salir se parece a tí de un modo que hasta he llegado a creer que eras tú misma vestida de doctor.

—Y qué, ¿ estáis contento ?

—Sí, Antonia, sí. Ha prometido curarme en menos de dos semanas.

—Entonces, ya no querréis casar a vuestra hija con el sobrino del señor Purgón.

—No, a mi hija la voy a meter en un convento, porque mi esposa lo quiere así.

—¡ Buena está vuestra esposa !

—¿ Tú también, Antonia ? ¡ Pobre Belisita mía ! ¡ Con lo que me quiere !

—¿ Queréis que os demuestre yo lo que os quiere vuestra esposa ?

—¿ Cómo ?

Fingid que estáis muerto. La oigo subir ; de modo que daos prisa.

Argán se tumbó sobre el sofá y permaneció, rígido según las órdenes de Antonia, quien comenzó a lanzar agudos sollozos para recibir a su señora Belisa.



¡Santo Dios, y qué peso se me ha quitado!...

—¡ Ay, señora, qué desgracia ! Vuestro esposo acaba de morir.

—¡ Qué atrocidad !

—Miradlo al pobrecito. Fué de repente. No lo sabe nadie, porque estaba yo sóla, y ha muerto en mis brazos.

Belisa, que observa que no hay nadie, porque Beraldo se ha escondido detrás de una cortina, exclama :

—¡ Santo Dios, y qué peso se me ha quitado de encima ! Ya era hora de que acabara de molestarnos con sus estornudos, su tos y sus drogas... Y tú ¿ por qué estás tan afligida ?

—Yo creí que había que llorar.

—No merece la pena. Lo que has de hacer es ayudarme, que yo te recompensaré. Vamos en seguida a abrirle todos los cajones para apoderarnos del dinero que guardaba en casa...

Argán, sin poder contenerse, da un salto, y Belisa, que se aproximaba a él para quitarle las llaves del bolsillo, sale de estampía, huyendo del cadáver viviente.

—Gracias, Antonia—dice Argán—, tú me has abierto los ojos. ¡ Habráse visto desver-

güenza mayor ! Cuando la coja la pongo en la calle a puntapiés.

—Señor, señor. Que viene vuestra hija.

—¿Y qué?

—Que sigáis haciéndoos el muerto, y veréis quién es la que os quiere.

Obedeció Argán y Antonia volvió a repetir la comedia de los llantos y las lamentaciones apenas apareció Angélica.

—¡Qué desgracia tan grande, Dios mío !

—¿Qué sucede, Antonia?

—Vuestro padre ha muerto.

—¿Muerto mi padre?

—Sí, vedlo ahí.

Angélica, al reparar en él, creyendo que efectivamente estaba muerto se abrazó a su pobre padre enloquecida de dolor.

Cleonte que llegó en aquel momento, se conmovió sinceramente también al enterarse de la desgracia. Angélica no cesaba de llorar. Tan profundos eran sus lamentos, que Argán, por temor de que enfermase, descubrió el engaño en seguida abrazándose a ella y pidiéndole perdón por si alguna vez dudó de su cariño.

Angélica, pues, pasó del dolor más hondo a la alegría más intensa.

Y aún fué mayor su júbilo cuando Argán abrazando a Cleonte le llamó hijo, concediéndole sin más preámbulos la mano de Angélica.

Parece ser que Argán, para evitarse gastos y estar mejor atendido, comenzó entonces a estudiar para médico. El caso es que en aquella casa todo fué felicidad desde aquel día.



LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

COLECCIÓN ARALUCE

Esta colección se compone de las obras más famosas en el mundo y cumple a maravilla el precepto de INSTRUIR DELEITANDO, contribuyendo, además, a formar el buen gusto de los jóvenes lectores.

OBRAS PUBLICADAS

Guillermo Tell.
Historias de Shakespeare.
Más historias de Shakespeare.
Los Héroes.
La Divina Comedia.
Historias de Hans Andersen.
Más historias de Andersen.
Historias de Wagner.
Viajes de Gulliver.
La Cabaña del tío Tomás.
Cuentos de Grimm.
Más Cuentos de Grimm.
Robinson Crusoe.
La Ilíada.
La Odisea.
La Eneida.
Historias de Calderón de la Barca.
Historias de Chaucer.

Don Quijote de la Mancha.
(2 tomos.)
Cántico de Navidad.
Yvanhoe.
Los Caballeros de la tabla redonda.
Cuentos de la Alhambra
La Infantina de Francia.
El Paraíso perdido.
Los Lusíadas.
La Gitanilla de Cervantes.
El lazarillo de Tormes.
Hazañas del Cid.
Historias de Lope de Vega.
Fábulas de Esopo.
La canción de Rolando.
Cuentos de Hoffmann.
Tradiciones Iberas.
La Araucana.
Historias de Moliere.
Historias de Goethe.
Orlando, furioso.

